

BOLETIN DOMINICAL

CONAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

LOS DOS CAMINOS.

—
¿A donde vamos? Viajeros del tiempo, ¿cuál será el término de nuestro viaje? Vamos á la eternidad. Nuestro destino es la eternidad. Hemos nacido para ser eternamente felices ó eternamente desgraciados: ¿A donde vamos, pues? ¿Cuál es el camino? Oigamos al Maestro. El es la luz venida á este mundo para iluminar al hombre, para revelar su origen, su vocacion, su fin último y los medios de lograr la dicha eterna porque suspira su agitado corazon.

Estaba Jesús conversando con sus Apóstoles y les dijo: Yo voy al seno de aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A donde vas? Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazon. Más yo os digo la verdad: que os conviene á vosotros que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el consolador: más si me fuere, os lo enviaré. Y cuando El viniere arguirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pe-

cado ciertamente porque no han creido en mí. Y de justicia porque voy al Padre, y ya no me vereis humillado y abatido, pero; sí ensalzado y glorioso. Y de juicio porque el príncipe de este mundo ya es juzgado.

Ya tenemos la revelacion de nuestro destino; ya está resuelto el problema de nuestra vida; ya sabemos á dónde vamos y el camino que debemos emprender para llegar felizmente al glorioso término de nuestro viaje. Vamos á donde fué Jesucristo el día memorable de su gloriosa Ascension; vamos al seno del Padre; vamos á ver á Dios, á descansar en Dios, y vamos por los caminos de Dios, por donde fué Jesucristo, nuestro Maestro, nuestro guia, y nuestro modelo. Nadie sabe á donde va, á donde le conviene ir si Jesucristo no se lo enseña; sino escucha á la Iglesia, depositaria incorruptible de las divinas revelaciones, arca de salvacion, y maestra de la vida. No lo supo la filosofia antigua que confesó su ignorancia y lamentó sus aberraciones.

ciones por boca de sus más ilustres representantes; no lo saben los modernos sábios, enemigos de la fé; no lo saben los racionalistas de nuestro tiempo enemigos de las soluciones católicas; no lo saben ni pueden saberlo esa turba de incrédulos, positivistas, materialistas y sensualistas, que renegando de Jesucristo, y envileciendo la dignidad de su razón y la nobleza de su sér, han dicho á la materia: Tú eres nuestra madre; y al sensualismo más grosero: tú eres nuestro ídolo, y á la nada: tu eres nuestro destino.

El cristiano sabe que viene de Dios y que va á Dios, y lo sabe por Jesucristo que no puede engañarse ni engañarnos. No obstante hay muchos cristianos que marchan por derroteros, que van por descaminos, que corren á su perdición. Seducidos por los falsos bienes de este mundo, arrastados por las pasiones, conducidos por maestros corrompidos y corruptores abandonaron las sendas hermosas de la virtud que guían al cielo y se lanzaron como ciegos en los caminos del pecado y del vicio que conducen al infierno. Tengamos compasión de estos desgraciados. Digamos muy alto á dónde deben ir y cuáles son los caminos que conducen á la salvación.

Jesucristo, nuestro Señor anuncia á sus discípulos su próxima partida, y porque les dice «yo me voy», se llenan de tristeza sus corazones. Allí ven un motivo de dolor y de tristeza donde no hay sino motivo de alegría y de consuelo. Cuando le vean subir á los cielos lleno de gloria y de magestad, se alegrarán y regocijarán, más ahora se entristecen

porque no saben lo que les conviene. ¿A dónde va el Maestro? Yo, dice, voy al Padre, y conviene que él se vaya. Deja el mundo, teatro de sus gloriosas victorias, y va al Padre á darle gracias y á celebrar su triunfo en la corte del Rey invisible, inmortal y omnipotente de los siglos. Es Dios la fuente de todos los bienes, el foco eterno de toda verdad, el principio y el fin de todas las cosas, el centro de todas las vidas, el océano infinito é incommensurable de todas las gracias, de todos los dones, de todos los consuelos que disfrutamos en la tierra. *Omnia in ipso constant.*

Todos los ríos salen del mar y todos vuelven al lugar de donde salieron para salir de nuevo y fertilizar la tierra. Todos los bienes proceden de Dios y á Dios deben volver por medio de la gratitud para que vuelvan á salir más copiosos y abundantes para derramarse en la tierra agradecida de nuestros corazones.

El Salvador dice que va al Padre y nos conviene su partida porque va á llevar nuestras peticiones y á defender nuestra causa ante el trono de Dios. Tenemos un abogado sapientísimo, poderosísimo y amorosísimo delante del Padre, Jesucristo, el Justo; y él es propiciación por nuestros pecados. (1) Y puede salvarnos para siempre, acercándose por sí mismo á Dios, eternamente á su lado para interpelar por nosotros, mostrándole sus llagas para obtenernos el perdón. (2)

No se entristece nuestro corazón, antes se alegra y regocija, porque se va al Padre, y va á prepararnos un lu-

(1) Joan, 2.

(2) Ad Hebr., 7.

gar en la casa de su Padre, á conquistar un trono en el reino de los cielos, á disponer una morada deliciosa en el celeste paraíso, *ils qui recto sunt corde*, paralos rectos de corazón.

Y ninguno preguntaba á Jesús: ¿A dónde vas? Bueno es saber á donde fué nuestra cabeza, nuestro jefe, nuestro Salvador y Redentor; Ya lo sabemos por dicha nuestra: va á tomar posesion de su reino y á prepararnos un lugar y un asiento en su gloria, porque donde él está, estarán sus amigos y servidores. *Volo, Pater. ut ubi ego sum, illic sit et minister meus.*

Creemos á donde Jesús fué, y estaremos donde él está si vamos por donde él ha ido... ¿Por dónde fué Jesús al cielo? ¿Cuál es el camino? ¿Por dónde se va á la Pátria? Preguntad á Jesucristo que todo lo sabe, y os responderá: Yo soy la verdad y la vida que buscáis, y yo soy el camino por donde se llega con seguridad. *Ego sum via, veritas et vita.*

Los Caminos de Jesús son la humildad, la mansedumbre, la pureza, la tribulacion, la paciencia y la caridad. Aprended de mi, nos dice, que soy manso y humilde de corazón y encontrareis la dicha y el descanso para vuestras almas. En verdad os digo que los humildes seran ensalzados y los soberbios serán humillados. Dichosos los mansos, porque alcanzarán el reino de los cielos. Bienaventurados los límpios de corazón bienaventurados los que van por los caminos de la pureza y andan en la ley de Dios porque ellos verán cara á cara al Señor de la gloria y habi-

tarán eternamente los palacios del Rey de las virtudes. Dichosos los que padecen y los que lloran y los que sufren la tentacion porque cuando hayan sido probados, recibirán la corona que Dios ha prometido á sus fieles servidores. Dichosos los que aman á Dios con amor filial y al prójimo con amor de fraternidad porque nadie ha visto ni oido ni hay entendimiento capaz de comprender la dicha y la gloria, las grandezas y los consuelos, los goces y las alegrías que están prometidas á la humildad y á la paciencia, á la pureza y la mansedumbre, á la tribulacion y la caridad. Hé aquí los caminos del cielo señalados y practicados por el que es la verdad, el camino y la vida. Fuera de estos caminos que son la verdad y la luz, no se va mas que á los abismos de la duda, de los errores mas degradantes y de las negaciones mas insolentes; fuera de estos caminos que son la vida, no se va mas que á la muerte; fuera de estos caminos que son el progreso moral y el perfeccionamiento de la humanidad, no se va más que al vicio, no se anda, se retrocede á la barbarie, y se cae irremisiblemente en el fango de la inmundicia y del crimen; fuera de esos caminos que conducen á las eternas claridades de la Pátria, no se va mas que á los horrores sempiternos del infiernó.

Pero hay muchos desgraciados, rebeldes á Dios y á su Cristo, que no quieren otro guia que su razon, ni otra ley que su capricho ni otros caminos que los del sensualismo, ni otra felicidad que los goces materiales ni otro término que la nada. Que gritan á impulso de frenética rebe-

lion, y dicen al Señor su Dios: *Recede á nobis*, retírate de nosotros: no queremos la ciencia de tus caminos (1). ¿A dónde van estos desgraciados? Preguntemos por compasión: ¿Qué vadis? ¿A dónde vais? Por el camino de la muerte ¿adónde van sino á la muerte? Por el camino de la negacion, del vicio y de la impiedad, por el ancho camino del infierno ¿adónde irán á parar sino al infierno? Hay muchos que saben á donde deben ir, que creen en la inmortalidad de su alma y en su destino final, que mirando la vida presente como un destierro aspiran á la vida de la Pátria que es el cielo, pero no se cuidan del camino que deben seguir y marchan voluntariamente á su perdicion. ¿A dónde va el avaro por el camino de sus injusticias? adonde van el soberbio por el camino de su soberbia, el libertino por el camino de sus disoluciones, el impuro por el camino de sus impurezas, el calumniador por el camino de sus calumnias y todo linaje de pecadores por las sendas de la iniquidad y por los derroteros del pecado? ¿A dónde van sino á caer en el tenebroso abismo del infierno? Cuando ponemos los ojos en esa multitud de insensatos que se atropellan unos á otros en las avenidas de esos mil caminos alfombrados que conducen á la eterna desventura; cuando puesta la cabeza sobre la mano meditamos cómo van y á donde caminan innumerables cristianos, hijos de Dios y destinados á su gloria, el corazón se llena de tristeza y la palabra espira en los lábios.

Pidamos al Señor que detenga á

(1) Job. XXI.

estos hombres en el camino de la perdicion, que habra sus ojos y alumbre sus pasos para que retrocedan espantados y entren con decision en los caminos de la virtud. Sigamos nosotros las huellas de Jesucristo. ¡Oh! cuan pocos señor quieren ir en pos de tí, por donde tú vas cuando son tantos los que desean llegar al cielo donde vives y reinas en reino sin fronteras y de eterna duracion!

Nosotros te seguiremos por donde quiera que vayas, seguros de llegar al seno del Padre donde está nuestro bien y nuestra dicha porque tú eres la verdad y la vida y el camino por donde se llega á la posesion de eterna vida.

VARIEDADES.

LA URNA DE LAS LÁGRIMAS.

LEYENDA.

Cuéntase que, en tiempos pasados, una desgraciada viuda, que habia quedado sin fortuna, y sin amparo ni consuelo en el mundo, habia concentrado todos los afectos de su corazón en su única hija, la niña Odeta.

Dios habia enriquecido á esta pobrecita con todos los dones de la gracia y de la naturaleza, llenándola de encantos, como para hacer un paraíso á la madre.

Odeta habia crecido en edad y juicio, sin haber nunca causado á nadie ningun pesar: sin embargo, su madre le habia dirigido bastantes veces una tierna reprehension, cuando al venir la noche caia en un triste letargo en que sus ojos azules se clavaban

por largo tiempo en el firmamento.

—¿Estás distraída, hija mía?

—¡El cielo es tan hermoso! respondía el ángel.

Una especie de terror se apoderó de la pobre madre.

—¡Si este cielo tan bello viniera á arrebatarme á mi Odeta.... ¡Tambien ella es hermosa y pura....!

Llegó el día en que la niña hizo la primera comunión: la dicha de su corazón, la emoción de su alma fué inmensa. Entrada la noche, llena de júbilo, miró de nuevo al cielo, entregándose á místicas contemplaciones. Mas el trasporte vivo de su alma y el ardor de su corazón encendieron en su cuerpo una fiebre ardiente.

Los médicos fueron impotentes para contener los progresos del mal, y un delirio, en que repetía sin cesar; *¡Jesús.... el cielo. ...mamá....!* Odeta espiró.

¿Quién podrá describir la desesperación de la desventurada viuda? Si la niña había subido al cielo, la madre había perdido su paraíso.

Derramó en un día todas las lágrimas que la dicha había contenido durante diez años. Fué despues ferviente su plegaria, y llena de conformidad era la oración á la cual Dios no resiste.

Cuando el sol iba al ocaso, esta madre desolada, encerrada en su bohardilla, lejos de las miradas y del consuelo de los hombres, miraba al cielo, lloraba y oraba.

Todas las mañanas la aurora la encontraba de rodillas; no había querido descansar más, desde que la ni-

ña no reposaba ya á su lado, en el pobre lecho en donde tantas veces la había contemplado mientras dormía.

Una noche la madre estaba velando en su triste bohardilla, escuchando entre sollojos sus gemidos al cielo; la luna en su último cuadrante, alumbraba á penas con sus lánguidos reflejos aquella escena de quebranto cuando de repente la puerta se abrió y una claridad suave y deslumbradora se desprendió de una aparición.

—¡Odeta!!! gritó la madre al reconocer á su hija radiante de hermosura: ¡Hija mía!...

La niña llevaba en sus manos una maravillosa urna de oro, que sostenía con precaución, porque estaba llena hasta el borde.

—Madre, la dijo, Dios me envía á tí. Ahí tienes tus lágrimas, todas me las ha dado. ¡Ay mamá, soy felicísima: no llores más, porque la urna está llena, y si lloras todavía, Dios para oírte, y volverme á la tierra, va á retirarme del cielo donde te espero y en donde nada podrá separarnos. ¡Gozo de tanta dicha aquí, que no quiero perderla, sino esperarte para que la goces conmigo comprándola con tu resignación.

La vision desapareció, y toda la habitación quedó llena de un perfume celestial.

La viuda, pasmada, cayó de rodillas para dar gracias á Dios, repitiendo sin cesar:

—Señor. ¡qué bella es mi hija del cielo!

Y una lágrima saltó de sus pupilas; pero ya no era una lágrima de dolor, sino de gratitud; ella no hizo des-

bordar la urna, y así Odeta permaneció en el paraíso.

(La Hormiga de Oro.)

UN MARTIR DEL CELO PASTORAL.

Hará como diez y siete años que la iglesia de San Pablo y San Luis de Paris contaba entre sus beneficiados un cura español, que se distinguía por su alta estatura, su espléndida caballera negra, su rostro grave y color moreno.

Fácilmente se adivinaba por su aire que este sacerdote, ántes de recibir las Ordenes sagradas, había ceñido espada, y, en efecto, fué comandante de caballería en la guerra de los siete años, y emigró á Francia en 1840.

Lo que se adivinaba en su rostro sombrío, en la expresion de su fisonomía y de sus ojos, señalaba tambien á un tiempo los dolores de la expatriacion y los padecimientos de las crueles heridas que recibiera, y que jamás pudieron cicatrizarse. En suma; ante aquella hermosa y austera figura se sentía uno subyugado por el respeto y atraído por aquella simpatía que inspira la desgracia dignamente sobrellevada.

Otra cosa que no podía olvidarse era el timbre melancólico de su voz, cuando, en las noches de Cuaresma, y en la iglesia de Saint-Paul, entonaba el *Miserere mei Deus*. En aquellos acentos de súplica se sentía el recuerdo del versículo de otro salmo: «¿Cómo entonar los cánticos del Señor sobre esta tierra extranjera?»

Por algunos años, la persona de quien hablamos siguió de capellan en San Pablo y San Luis, merecien-

do la estimacion y el afecto de todos y últimamente fué nombrado cura párroco en las cercanías de Paris.

Allí, como en Paris, y aún mas pronto, fué venerado y entrañablemente amado de sus buenos y sencillos feligreses, casi todos hortelanos. Su bondad, su carácter recto y su franqueza militar habian vencido las repugnancias y las antipatías, y el bien que allí ha hecho es incalculable.

Tambien para él allí el destierro fué ménos cruel.

En la dulce atmósfera de afecto general creyó haber recobrado el hermoso cielo de su pátria, y tomó apego á la tierra extranjera que le daba tan bellos dias de tranquilidad. Mas sus padecimientos redoblaron, y los dolores causados por sus heridas, le advirtieron que esta vida que empezaba á amar como un tesoro que vá á perderse, estaba agotada.

Muy pronto, en efecto, no pudo ya dejar el lecho; y con la fé de un apóstol se dispuso para el viaje á mejor vida, á la verdadera pátria.

Era la víspera de su muerte: le habian sido administrados los últimos Sacramentos, y se recogía en su accion de gracias, ofreciendo al Señor sus últimos dolores y su agonía que iba á empezar cuando una persona entró inopinadamente y, acercándose, le dijo:

—Señor cura, Fulano, á quien usted conoce, está muy malo.... Se cree que vá morir, y le aseguro á usted que estamos muy afligidos, por que el enfermo no quiere admitir ningun sacerdote, de manera que cuando el Sr. cura de... ha ido á verle, le ha vuelto la espalda.

—¡Qué desgracia! ¡Tan buen hombre! murmuró el Sr. Capellan con sentimiento. ¡Ah! Si yo mismo no me estuviese muriendo... quizás... á mí no me recibiría mai!

—¡Ah! ¡Ya lo creo! A. V. le ama y le venera demasiado para echarle; pero V. ¿cómo ha de venir si está más malo que...!

Una idea sublime atravesó la mente del cura que probó levantando las manos al cielo, dijo:

—¡Dios mio! ¡Dadme un poco de fuerza! dijo, y despues de un minuto de recogimiento añadió: vestidme.

Llenos de estupor escuchaban aquella voz espirante los que le rodeaban, sin atender á complacerle, porque esto parecía imposible.

—¡Vestidme! repitió con suprema autoridad.

Y como movidos por un resorte eléctrico, le obedecieron y le vistieron en silencio. Parecia como que su cuerpo volvía á animarse para salvar un alma.

—Ahora llevadme á casa del enfermo, dijo despues.

—¡Ah! ¡Dios mio, va á morirse en el camino! exclamaron asustados los asistentes.

Pero el capellan, sin ocuparse de cuanto se decía al pié de su cama, dió órdenes para que le trajesen cuanto fuese necesario para la administracion de los últimos Sacramentos, y cuando todo estuvo preparado: «En marcha, y de prisa,» dijo y echó á andar con paso firme.

El alma vivía sola en aquel hombre, sin permitir al cuerpo un grito, ni una queja, ni siquiera un suspiro durante el doloroso camino; siendo asi que cada movimiento era un do-

lor intenso como cada paso una gota de la vida que se derramaba de aquel cuerpo, y exhausto, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin ver el camino que andaba, llegó al pié del lecho del otro moribundo!

—Amigo mio, le dijo con voz entrecortada; los dos vamos á aparecer ante Dios!... ¿Quereis que hagamos el viaje juntos?... Yo vengo para ayudaros... Yo os traigo un alivio en esta hora última...

Un grito indefinible se escapa del enfermo, que sin poder articular una palabra, coge la mano de su pastor y la lleva á sus lábios con un movimiento de admiracion.

—Amigo mio, continúa el sacerdote; el tiempo es corto... Confíad en Dios... No os negareis á confesaros, ¿no es verdad?

El enfermo, subyugado por este heroísmo de la fé, rompe en lágrimas.

—¡Oh, si, con V. yo puedo confesarme! exclamó, mientras una sonrisa celeste asomó al cadavérico rostro del cura.

Hizo una señal, y los concurrentes se retiraron.

Algunos momentos despues, el ministro de Dios hizo un último esfuerzo para levantar la mano sobre la cabeza del arrepentido, y las palabras de la absolucion cayeron como rocío sobre su alma resucitada.

El sacerdote llama.

—¡La Extremaunción...!

Se le llevó todo lo necesario para la recepción del Sacramento.

—Tomad mi brazo y guiad mi mano, dijo al acólito.

Y le tomó el brazo y guió aquella mano que se deslizaba sobre el pecho

del enfermo, que, sin embargo, parecía recobrar nueva vida al contacto del Oleo Santo.

Cuando la obra hubo terminado, el cura inclinó su cabeza sobre la que acababa de ungir, y díjole en voz baja: «¡Hasta la vista, hasta la vista; á Dios, amigo mio...!»

Nunc dimittis, repuso más alto, *servum tuum, Domine, secundum verbum tuum, in pace*. Su cabeza cayó pesadamente sobre su pecho; sus brazos, cansados, quedaron colgando; sus ojos se cerraron, y en ese estado le llevaron á la casa parroquial.

Dos horas después había exhalado tranquilo y sonriente, el último aliento.

Este sacerdote español se llamaba en Francia el Abate Capella, y no es el único sacerdote nacido aquí y que, como militar, ha vertido su sangre en su pátriz, y ha muerto evangelizando en tierra extranjera.

(El *Semanario Católico*.)

Para que nuestros lectores vean como Dios infinitamente sabio y poderoso en el orden y marcha de las cosas; de las mismas persecuciones de la Iglesia, sabe sacar su mayor gloria y honra. Los revolucionarios franceses con las medidas que adoptaron contra las comunidades religiosas espulsándolas de su nación, han contribuido de un modo maravilloso al progreso de la Iglesia Católica. Estas comunidades al salir de Francia, se esparcieron por todas partes y como unascincuenta se establecieron en Persia, Egipto y Turquía.

En Trebizonda, cuatro hermanos

de la Doctrina cristiana, favorecidos por algunas familias católicas y Cónsules europeos, pusieron una escuela que apenas contó al principio con unos 20 alumnos, pero que después que fueron conocidos, Dios los bendijo de tal manera, que hoy cuentan con casa propia, y unos 470 alumnos. Todos estos progresos ha contrariado sobre manera al patriotismo, que á pesar de tener sus escuelas fundadas y sostenidas por las sociedades bíblicas, algunas de 190 alumnos que tenían, han quedado reducidas á 20.

Rasgo digno de alabanza é imitación es el que ha tenido lugar en Méjico con D. Vicente Ruiz, natural de Odía (Santander), el cual al morir ha dejado á beneficio de los pobres todo el caudal que poseía ascendiendo á mas de ciento cincuenta mil pesos.

El célebre fabricante de píldoras doctor Holloway ha muerto en Lóndres, dejando veinticinco millones de francos, para construir y dotar un asilo de dementes, hospitales y una escuela superior de mujeres.

Los gastos generales de limosnas que ha repartido la sociedad de San Vicente de Paul en todo el mundo fueron en el año de 1882, de siete millones cuatrocientos cuarenta y ocho mil ciento cuarenta pesetas y los ingresos fueron de ocho millones novecientos veinte y dos mil ochenta y tres pesetas. De esta suma corresponden á Francia dos millones quinientas mil pesetas.

Imp. de LA FIDELIDAD CASTELLANA.